



Círculo Rojo



# **Tras el sol de poniente**

Una travesía pirenaica en bicicleta



# **Tras el sol de poniente**

**Una travesía pirenaica en bicicleta**

**José Manuel Aparicio Rodríguez**



**Círculo Rojo**  
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2019

Depósito legal: AL 2793-2019

ISBN: 978-84-1338-707-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto e imágenes: José Manuel Aparicio Rodríguez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: José Manuel Aparicio Rodríguez

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.



INTRODUCCIÓN.....	11
DÍA 1: MADRID-GIRONA.....	19
DÍA 2: GIRONA .....	25
DÍA 3: GIRONA-OLOT .....	31
DÍA 4: OLOT-RIPOLL .....	41
DÍA 5: RIPOLL-CASTELLAR DE NUCH .....	49
DÍA 6: CASTELLAR DE NUCH-PAS DE LA CASA.....	61
DÍA 7: PAS DE LA CASA-LA MASSANA .....	71
DÍA 8: LA MASSANA-SORT .....	83
DÍA 9: SORT-VIELHA .....	91
DÍA 10: VIELHA .....	99
DÍA 11: VIELHA-BAGNÈRES DE LUCHON .....	105
DÍA 12: BAGNÈRES DE LUCHON-SAINT LARY SOULAN .....	119
DÍA 13: SAINT LARY SOULAN (COL D'ASPIN).....	127
DÍA 14: SAINT LARY SOULAN (HOURQUETTE D'ANCIZAN) .....	131
DÍA 15: SAINT LARY SOULAN (CAP DE LONG).....	135
FOTOGALERÍA.....	139
DÍA 16: SAINT LARY SOULAN (COL DU PORTET).....	161
DÍA 17: SAINT LARY SOULAN-SAINTE MARIE DE CAMPAN .....	169
DÍA 18: SAINTE MARIE DE CAMPAN-LUZ SAINT SAUVEUR.....	177
DÍA 19: LUZ SAINT SAUVEUR (LUZ ARDIDEN) .....	189
DÍA 20: LUZ SAINT SAUVEUR (COL DE TENTES).....	195
DÍA 21: LUZ SAINT SAUVEUR (CIRCO DE TROUMOUSE).....	203
DÍA 22: LUZ SAINT SAUVEUR (COL DU TOURMALET) .....	209
DÍA 23: LUZ SAINT SAUVEUR-LARUNS .....	217
DÍA 24: LARUNS-OLORON SAINTE MARIE.....	227
DÍA 25: OLRON SAINTE MARIE-LARRAU.....	241
DÍA 26: LARRAU-SAINT JEAN PIED DE PORT.....	253
DÍA 27: SAINT JEAN PIED DE PORT-ETXALAR.....	263
DÍA 28: ETXALAR-DONOSTI .....	277





## Introducción

---

Creo recordar la primera vez que soñé con viajar en bicicleta, fue a la edad de once años, allá por el año 1991, en unas vacaciones veraniegas con mi familia y unos amigos, cuando recién llegados de un viaje por Francia que nos llevó de los castillos del Loira a París con nuestras caravanas a cuestas, nos adentramos por unos días en los Pirineos desde la costa gerundense, en cuyas playas nos recuperábamos de nuestro periplo por el país vecino.

Fue esta una expedición relámpago, un par de días o tres para ir a Andorra, ver aquel diminuto país enclavado en las montañas, hacer unas compras y volver a nuestro campo base, desde el cual retornar, con el mes de agosto presto a tocar a su fin, a nuestro querido hogar. Si bien fue esta incursión pirenaica algo fugaz, resultó suficiente para sembrar en mí el anhelo por las montañas y el sueño de surcarlas en bicicleta. Por entonces el fuego de la pasión por el ciclismo y las montañas se había prendido en mi interior, era ya un pequeño amante de las dos ruedas a pedales que, desde hacía unos dos o tres años, y siendo un mocoso e influido por la afición de mi padre por este deporte, la cual en parte asimilé por ósmosis, seguía con pasión las carreras ciclistas, sobre todo esas míticas etapas de montaña, particularmente del Tour de Francia, con sus majestuosos y bellos paisajes. La imaginación ya volaba y en el colegio y en el barrio jugábamos los zagales a las chapas, emulando aquellos escenarios y aquellas aventuras. Cuando íbamos con las bicis jugábamos a ciclistas, llevábamos a veces hasta clasificación general, algunos incluso organizaban sus particulares *tours* de barrio con maillots para los líderes de las diferentes clasificaciones y todo, hasta ese nivel de institucionalización llegaba la cosa... ¡Cuánta pasión! ¡Cómo lo pasábamos!

Y llegó aquel gran verano de 1991 en el que el no menos grande Miguel Induráin nos regaló su primera victoria en la Grand Boucle, y aquel verano yo estaba entusiasmadísimo con el reciente hecho, la impronta de aquellas imágenes de paisajes montañosos por los que los esforzados de la ruta bregaban con sus bicicletas en pos de las cimas de turno había quedado grabada en mi mente y en mi corazón: la belleza de las alturas, la majestuosidad de las cumbres... Ciclismo al margen, aquello tenía algo de inefable, de mítico, de místico.

En tal condición de entusiasmo, como digo, salí de viaje al país galo aquel año con mis padres, mi hermano y demás. En tal tesitura de ensoñación, conocí por primera vez la cordillera pirenaica, que, por entonces y como cuento, ya tenía para mí un significado y unas connotaciones muy especiales.

Recuerdo el trayecto hacia Andorra vívidamente, íbamos por el lado francés, acercándonos a Mont-Louis y la zona de Font-Romeu, y la Cerdanya, ganando altura desde el nivel del mar, de donde salimos, y yo desde el coche contemplaba poco menos que extasiado aquellos parajes no muy lejos de los cuales aquellas épicas batallas a dos ruedas habían tenido lugar pocas semanas antes y todos los meses de julio desde hacía años. Deseaba por supuesto transitarlos subido a una bici.

Y fue poco antes de llegar a Mont-Louise, si no recuerdo mal, en aquel puerto de montaña que conecta la zona del litoral y la costa con la zona aladaña a uno de los núcleos de la cordillera pirenaica como es el andorrano, cuando adelantamos a dos ciclistas, dos cicloviajeros pertrechados con sus alforjas en sus bicicletas — los primeros que recuerdo ver de esa guisa—, tras lo cual recuerdo haber dicho algo como «¡¡¡Yo, cuando sea mayor, quiero hacer eso!!!». Ante lo cual seguro que mis padres esbozaron una sonrisa.

Pasaron los años y fui desarrollando mi afición por la bicicleta; en cuanto tuve cierta edad, empecé a cogerla a menudo, salía a la carretera a entrenarme y hacer rutas con el club ciclista, luego vi-

nieron las primeras carreras de adolescente y un montón de años enfocados, si bien con intermitencias por diversas circunstancias, de forma *amateur* y con gran dedicación a este bello deporte. Y, pese a que era *amateur*, estaba consagrado a ello en cuerpo y alma, como todo el que se haya dedicado a ello de tal manera sabe: sacrificando muchas cosas y con un régimen de vida muy disciplinado. Y, entre esa gran lista de cosas sacrificadas en pos de una vida de corredor, estaban los viajes, los viajes estivales, de placer, de vacaciones... Máxime cuando el verano es el momento álgido de la temporada ciclista, en el que más carreras hay y en el que uno no podía dejar de hacer aquello para lo que había estado preparándose durante todo el año; sería un contrasentido. Por tanto, el hecho de viajar, y más concretamente en bicicleta, como había soñado desde niño, fue algo que fui postergando durante largo tiempo y con la firme intención y la esperanza de hacer viajes de tales características cuando llegase el momento. Tensé la cuerda y alargué la espera todo cuanto pude, pues mi intensa afición al ciclismo de competición, aunque no fuera profesional y se me hubiera pasado ya el arroz para serlo, era algo que me retenía; aquello me apasionaba, me motivaba enormemente y disfrutaba muchísimo con ello.

Llegó el momento en el que me cansé, dejé aquel tren de vida y empecé a disfrutar de la bicicleta de otra manera. Nuevas posibilidades se abrían y por supuesto entre ellas el empezar a hacer viajes y conocer sitios subido en una «burra». Así que a los treinta y pocos aproveché mis primeras vacaciones, desde hacía años, libre de obligaciones para zambullirme en esto de los viajes en bicicleta, con el equipaje a cuestas, desplazándome por la geografía con la autonomía que tal medio de locomoción permite.

Había tenido un primer contacto con la experiencia del cicloviaje un par de veranos antes cuando, debido a un problema de salud, no pude estar para las carreras, por lo que aproveché quince días de vacaciones en el trabajo en el mes de septiembre para

hacer el Camino de Santiago, desde Irún a Finisterre; aquel fue mi viaje de iniciación. Recuerdo que me marcó, desde el primer día sabía que era algo con lo que resonaba muchísimo, aquella sensación de libertad y aventura descubriendo sitios nuevos, nunca vistos, el viajar a flor de piel, en contacto estrecho con el ambiente, sin ventanillas que impidiesen que el aire y los elementos penetrasen mis poros, el pedalear por la costa con el ancho mar a un lado y las montañas al otro, aquellos atardeceres en pos del *finis terrae*... ¡Qué grata experiencia! Tanto que cuando terminé dudé si continuar o dejar ya mi etapa como corredor y dedicarme a viajar en cuanto pudiese, aunque, como decía, lo de las carreras me gustaba mucho y aguanté un año más. Para viajar siempre hay tiempo si Dios quiere, pero la vida deportiva, en lo que a alto rendimiento se refiere, tiene unos plazos; a partir de ciertas edades el estar dedicado de tal manera al ciclismo sin vivir de ello es cada vez menos factible y más complicado pese a que a uno le entusiasme. La vida y sus ciclos, nunca mejor dicho.

Pues, como decía, comencé a viajar por fin en mis vacaciones veraniegas. Me compré una bicicleta de *ciclocross*, de aluminio y robusta para que aguantase el peso del equipaje sin dar problemas, y... ¡al turrón! Y así pasaron varios veranos haciendo viajes por la geografía peninsular de tres a cuatro semanas que me permitieron conocer bellos y recónditos parajes de la Iberia profunda. Los primeros años por la mitad sur sobre todo, dando buena cuenta de enclaves de ensueño por sitios como los montes de Toledo, Sierra Morena, Andalucía en sus diversas regiones (tales como las Alpujarras, la sierra de los Filabres almeriense, sierra de Ronda y Grazalema, Aracena, la Sierra Norte sevillana...), arribando muchas veces a algún punto de la costa desde donde volvía a mi casa en Madrid en coche de alquiler. Otras veces salí del pueblo de mis ancestros por mi lado materno, la manchega y muy querida para mí Granátula de Calatrava, finalizando igualmente allí en alguna ocasión. También viajé hacia el norte peninsular en un

viaje inolvidable en el que salí y llegué en bicicleta a mi casa tras un mes entero de periplo, algo que nunca había hecho y que me hacía mucha ilusión: hacerlo todo en bici, recorriendo entre otras zonas, buena parte de la cordillera cantábrica, para llegar a Picos de Europa, desde donde ya acometer el regreso a casa cruzando la meseta y entrando a Madrid por el puerto de Navacerrada, que dicho sea de paso y con todos mis respetos, me resultó, tras haber subido algunos de los «señores» puertos que hay por aquellas tierras norteñas de nuestra geografía, una subida bastante asequible pese a ser un alto considerado de primera categoría según los cánones ciclistas.

En todos estos años rondaba mi cabeza, entre muchos otros, un viaje por los Pirineos, de hecho, desde el primero que hice tras el Camino de Santiago, deseaba cruzarlos de extremo a extremo, pero me echaba para atrás el hecho de que en el mes de septiembre, el único del verano en el que por motivos laborales podía juntar tres o cuatro semanas de vacaciones, el clima empieza a cambiar y corría el riesgo de que se me aguara la fiesta, máxime por una cadena montañosa de tal entidad. Pero llevaba ya seis años viajando sin acometer la empresa pirenaica y ya no podía demorarla más, tenía ganas y el año pasado, en el citado viaje por Asturias y demás, pude experimentar que los puertos largos y duros no eran un problema por ir bien cargado de equipaje, que era asumible el hacer rutas exigentes pese a la logística que llevaba encima, con tanto peso de equipaje a cuestas. Era algo que me suscitaba dudas; ya había subido puertos largos e incluso altos en Sierra Nevada, por ejemplo, o en los Filabres, pero tenía la incertidumbre respecto a los porcentajes altos y constantes como de los que pude dar cuenta en subidas como San Lorenzo o la Cobertoria, o la misma subida a Ancares... Llevando un desarrollo adecuado, solo es cuestión de paciencia, estando entrenado y en buena condición física por supuesto, lo cual afortunadamente puedo lograr, pues tengo tiempo y ganas para ello a lo largo del año.

Pues bien, como decía, me he decidido por fin este año a hacer la ruta pirenaica, aunque sea en septiembre. Si me hace malo y me mojo, pues ajo y agua, ¡qué se le va a hacer! Pero quiero intentarlo. ¿Quién sabe cuándo podré —si es que alguna vez puedo— disponer de tanto tiempo en un periodo de clima mejor?

Ha querido el destino que este viaje tan soñado sea mi séptimo viaje en bicicleta. Siete, número mágico: siete esferas planetarias, siete metales, siete notas, siete colores... Siete por cuatro, veintiocho: el número de días de un ciclo lunar, el tiempo aproximado que calculo que puede llevarme esta empresa. Todos son ciclos, nunca mejor dicho.

La preparación para este año ha sido fecunda en kilómetros y ascensiones, este ha sido de los que más he subido, aprovechando prácticamente todos mis días libres desde el mes de mayo para hacer entrenamientos de fondo y puertos, adentrándome en la sierra madrileña, que no me pilla muy lejos de casa, y hacerme dos y hasta tres por sesión, ya en el corazón del verano, cuando se aproximaba mi gran objetivo y estaba en mejor forma, y sumando kilómetros desde el mes de enero con los Piris ya en la cabeza. La verdad es que no necesito una motivación extrínseca para salir en bici, pero qué duda cabe que con un aliciente estimulante se entrena mejor y con más ganas, y realmente así ha sido.

Una de las cosas de los viajes que más gustan es planificarlos, soñarlos, coger los mapas, trazar las líneas maestras del trayecto, volar con la fantasía hacia esos lugares —la mayoría de las veces vírgenes para uno— e imaginar cómo serán, apoyándose en referencias, como libros, revistas, documentales, eventos televisivos, etcétera. A mí particularmente algo que me encanta desde niño es ver mapas de carreteras, en papel por supuesto, a la antigua usanza, ¡me fascina! Imaginar el terreno, visualizar las rutas, proyectarse por esas serpenteantes carreteras llenas de curvas que despiertan el deseo de transitarlas y descubrir sus secretos, carreteras siempre secundarias, comarcales, de montaña las más de las veces,

cuanto más recónditas mejor, alejadas del mundanal ruido, en intimidad con el entorno, carreterillas que dan testimonio de la acción humana sobre el medio, pero en muchos casos con una sobriedad que mantiene vivo el encanto de los lugares, máxime cuando muchas de ellas podrían pasar por caminos asfaltados por los que apenas hay tráfico de coches... ¡Que vivan esas carreteras! Y sobre todo que no las reformen, para el disfrute de los pocos que se aventuren por ellas. Sabido es que, cuando llega el desarrollo y el «progreso», la magia se pierde y el encanto mengua. Es el precio de la comodidad, una comodidad que, si es excesiva, acaba atrofiando, como todos podemos comprobar en los tiempos que corren. ¡Que no se pierda la poesía, por favor!

Pues, como decía, así, visualizando mapas de carreteras fui confeccionándome ya desde varios meses atrás —qué ganas tenía de que llegase septiembre— un esbozo de ruta que con el tiempo fui cerrando, aunque siempre con la posibilidad de variarla cuando llegase el vivo y el directo, por supuesto, pues mil imponderables pueden variar el plan trazado. Dicen que el mapa no es el territorio.

De modo que han ido pasando las semanas, los duros y placenteros —qué paradoja, o sarna con gusto no pica— entrenos estivales, y nos hemos plantado ya a finales de agosto, a punto de embarcar. La verdad es que, a estas alturas del año y sin haber cogido vacaciones desde hace doce meses, el haber pasado otro verano casi entero en Madrid trabajando y viendo partir a casi todo el mundo durante estos meses pasados, con poca gente en el pueblo, los amigos casi todos o todos fuera, la familia también, las calles sin mucha gente, el tremendo calor, todo ello da una sensación durilla, con sabor a desierto, que a veces se hace un poco «bola», pero bueno, a todo se hace uno. El caso es que es curioso: cuando me toca a mí coger las vacaciones, el pueblo se empieza a llenar, los amigos empiezan a volver, la gente empieza a poblar las calles, el calor va siendo menos riguroso, las noches



se llenan de ambiente... Nace en mí entonces un sentimiento ambivalente: por un lado, las ganas de irme de vacaciones, pero, por otro, lo que apetece es romper el ayuno estival que acabo de narrar. No obstante, sé que, en cuanto esté ya en harina, se me habrán olvidado todos estos padecimientos. Además, cuando vuelva, ya tendré tiempo de subirme al carro social. Así que... ¡me voy de viaje!

**E**l día amanece despejado y soleado, lo he comprobado al levantarme para desayunar; sin embargo, cuando me despierto ya para ponerme en marcha el tiempo ha cambiado, está nublado, en algunas áreas el cielo está particularmente oscuro y amenaza con alta probabilidad de lluvias. Es muy posible, casi seguro, que con el avance de la tarde se complique y se formen tormentas. A ver si hay suerte y en donde voy la cosa no se pone fea, aunque tiene toda la pinta de que no va a ser así. Hoy me adentraré en la Alta Garrotxa en dirección al meollo, en lo que a la cordillera se refiere, me adentraré en la montaña. La idea es subir por Oix, el coll de Pera, Beget y Rocabrúna hasta el coll de la Boixeda, para bajar luego por la carretera que viene desde Francia por el coll d'Ares a Camprodón y, si puedo, subir uno o dos puertos interesantes en la serra Cavallera para acabar el día en Ripoll.

Salgo de la pensión y, tras cargar un café, me despido del matrimonio encantador que la regenta y de su familia, incluido el perrito Culom.

Atravieso Olot por su centro y salgo en dirección a Castellfolit de la Roca, un pintoresco pueblo que, como su propio nombre indica, está en parte enclavado en un promontorio pétreo desde donde sus casas colgantes se agolpan para asomarse al precipicio que tal formación rocosa constituye. Desde aquí cojo la carretera comarcal que lleva, si bien con algunos tramos de bajada, de manera paulatina y ascendente, tras muchos kilómetros —casi 40—, hasta el coll de la Boixeda. Nada más hacer la curva a izquierdas que inicia el comienzo de esta calzada, empiezo ya a subir, la vista es bonita y el asfalto pica para arriba del 4-6 % de

manera constante por unos pocos kilómetros, ideal para calentar y empezar a sudar. Una vez que alcanzo la cima del primer collado del día, el coll de Camporiol, la carretera baja un par de kilómetros para llegar a Oix, un modesto pueblecito enclavado en un verde y bello valle, desde el cual se inicia un exigente tramo de unos 4 kilómetros, de los cuales tres son del 9-10 %; serias rampas ya, aunque, con todos los respetos, después de las pendientes de ayer en el volcán de Can Tíia, esto ya no se hace tan cuesta arriba, aunque cuesta... Estoy ya en la «pomada», en plena faena, metido ya de lleno en esta travesía pirenaica, gozando con los paisajes y sudando la gota gorda para ganar altura. Me vienen recuerdos de la primera vez que vine a los Pirineos con once años y me siento feliz de estar ahora empezando a «peinarlos» con mi burra. Mi corazón se excita al pensar lo que me aguarda por delante, ¡esto no ha hecho más que comenzar!

Tras la parte comprometedora del 9-10 %, alcanzo un tramo de meseta y falso llano con unas vistas espectaculares, estilo Parque Jurásico: el verde es por aquí el color predominante, ya que, al no ser zonas de gran altura, la vegetación puede explayarse aquí a su gusto, y de ahí este frondoso y tupido paisaje con este colorido tan venusiano. Ya habrá momentos en los que el rigor de las alturas haga menguar dicha vegetación y nos lleve próximos a los dominios de Saturno, volviéndose las tonalidades más pardas y grisáceas, acordes al color pétreo de la alta montaña.

Una vez finalizado el trecho de falso llano que culmina en coll de Pera, comienzo un bellissimo descenso entre bosques que me recuerda a la zona lucense de Ancares por la que tuve la suerte de pedalear hace un año aproximadamente. Voy feliz y empiezo a sentir vacío, es hora de comer un poco. Paro justo en un punto en el que la carretera cruza por encima de un río, voy a recargar un poquito, justo de cara al comienzo de un tramo de entre 8 o 10 kilómetros de subida sin grandes rampas, pero constantes, que lleva hasta el coll de Boixeda, por lo que el tentempié se hace

necesario. Luego hasta Ripoll, para terminar, es todo terreno de bajada y favorable. Con la hora que es no me va a dar tiempo a subir a la serra Cavallera, otra vez será. El tiempo sigue nublado y, mientras me preparo el avituallamiento, me apercibo de que quizás pueda liarse en menos de lo que imagino, el tiempo en montaña y a estas alturas del verano cambia con rapidez; de hecho, empiezan a oírse truenos de una intensidad moderada... No obstante, parece que el sonido viene de lejos, tiene pinta de ser de uno o dos valles más allá del que me hallo; espero que la tormenta y los truenos se queden allí y no vengan hacia este lado de la montaña. Creo que puedo estar medianamente tranquilo. Pero ya con los primeros bocados veo como se empieza a levantar súbitamente un poderoso viento que va a más, removiendo el ambiente y acercando nubes cargadas de furia, ¡buff! Esto no tiene buena pinta, las ramas de los árboles son sacudidas por el brío de Eolo con un incipiente frenesí que da pie a las primeras gotas, sin darme tiempo a terminar tranquilo con mi merendola; apuro la masticación con el objeto de salir pitando lo más rápido posible, guardo toda la comida y demás, y me pongo el chubasquero y la gorra —de cara al no iniciado, ha de saberse que es una prenda de gran importancia para cuando llueve, pues la visera hace el efecto de paraguas, neutralizando parte del agua que cae sobre la cara, y más concretamente sobre el área de visión, se lleven o no gafas, por lo que resulta de gran utilidad. Hasta que alguna lumbrera dé con un mecanismo limpiaparabrisas para ciclistas, es lo que hay— justo a tiempo para cuando empieza de verdad el aguacero. Un minuto más y me deja ya caladito por dentro... ¡Madre mía, qué rapidez con la que se ha formado esto! Con lo tranquilo que me he parado a almorzar... Sin tiempo para pensarlo, estoy ya afrontando las primeras rampas de este *coll*, con una lluvia de tres pares de narices y bien metido en la tormenta; ahora los truenos se sienten bien cerquita. Menos mal que la comida me ha dado fuerzas y reactivado mi energía, y menos mal que, pese al

panorama, llevo buenas piernas, porque, si no, sería para echarse a temblar...

Paso junto a Beget y valoro la posibilidad de terminar aquí el día y buscar un sitio para dormir, pues arriba, por donde sigue la carretera, se ve realmente negro, llueve con fuerza y trueno que da gusto. Pero es muy pronto todavía, llevo buenas piernas, como digo, y quiero continuar, no quiero terminar aquí la etapa, por lo que decido intentar seguir con el plan trazado. Pienso que en un ratito quizás amaine, que tal vez esta sea la típica tormenta veraniega pasajera; lo sabré en un rato... Justo tras dejar atrás el pueblo, la lluvia aumenta tremendamente su intensidad, está literalmente jarreando y por momentos se vuelve granizo. Apenas puedo ver debido a la virulencia de las aguas y a la oscuridad circundante, máxime cuando el circular entre la arboleda por la que transita la carretera resta notablemente visibilidad. Me pasan un par de coches y creo adivinar lo que piensan sus ocupantes cuando me ven. Son pasadas las cinco de la tarde, pero parece como si se hubiese hecho de noche casi, estoy en la boca del lobo, dentro de una nube negra, bañándome a la vez que montando en bici y tratando de mantener la calma, aunque resulta difícil. Por el asfalto, cuesta abajo y en dirección opuesta al sentido de mi marcha, el agua se desliza a borbotones a modo de escorrentía, es como si estuvieran vertiendo cubos y cubos... Dantesco.

No han pasado muchos minutos desde que empezó a llover, pero estoy literalmente calado hasta los huesos. Si no es por el fuego interno que afortunadamente llevo y que me da para no sucumbir a la hostilidad del clima, la situación sería preocupante, pues, por esta carretera comarcal perdida de la mano de Dios, en plena montaña, sin tráfico y metido en semejante tormenta, el no tener energía para pedalear y avanzar sería cosa delicada. El llevar «gas» y mi fe hacen que siga adelante esperando que la lluvia amaine y que la tormenta, igual que ha venido, se vaya, pero está muy oscuro y no tiene pinta... Conforme sigo subiendo, la fuer-

za de la lluvia suaviza, pero no la oscuridad, siguen los truenos y por momentos es como si alguien encendiese la luz: instantánea y súbitamente parece como si en esta noche vespertina se hiciera de día... ¡¡Relámpagos!! Por si el asunto no era tenso, ¡toma ya! Los truenos ya no son moderados como al principio, ahora suenan fieros. La verdad es que voy acojonado, pero intento mantener la calma y confiar. Pido protección y sigo pedaleando. Calarme más de lo que estoy ya es imposible y, si en esta tesitura sigo teniendo fuerza en las piernas y no se me ha mojado la pólvora, es señal de que puedo continuar hasta coronar el puerto y enlazar la bajada hasta Ripoll, siempre que el panorama no empeore, lo que es difícil, pero ni mucho menos imposible. Afortunadamente, no he visto rayos, prefiero ni pensarlo, trato de tener la mente fría, concentrado en el momento presente; sigo con la ascensión.

Pasan los kilómetros y lo que en principio iba a ser una subida no muy dura, si bien sí larga, con el factor climatológico añadido a la ecuación, se hace «larga pero dura», como suele simpáticamente decirse... Cuando paso por Rocabruna, y pese a ser cerca de las seis de la tarde, parece como si estuviese próximo a anochecer. De hecho, las farolas del pueblo están encendidas. Por suerte, la lluvia ha cesado casi y, aunque el cielo negro se mantiene constante, parece que la racha de truenos y relámpagos ha quedado atrás. Es posible que lo peor haya pasado.

A poco de dejar Rocabruna, llego al fin a la cima del coll de la Boixeda y, cuando me estoy abrigando para la larga bajada que me espera, comienza de nuevo a llover con tremenda fuerza. Un nuevo y fuerte viento hace entrada en la escena, lo remueve todo y vuelve, si es que no lo estaba ya, el panorama desolador: suenan truenos otra vez, se ven de nuevo relámpagos... Suerte que el *coll* ya lo he coronado y, al ser bajada, los kilómetros pasarán deprisa. Pero ahora el hándicap es el frío, y la humedad del cuerpo producida por el calor que se genera subiendo —aunque llueva y haga fresquito—, sumada a la velocidad de la bajada y a un nue-

vo *round* de jarreo de origen celeste, hace que lo pase realmente mal y me quede «pajarito». No sé qué es peor, pero bueno, como digo, lo alentador es que los kilómetros ya pasan rápido, y rápido espero dejar este núcleo de la montaña en el que se ha posado esta tormenta que me acompaña ya desde hace más de hora y media larga. Cuando tras empalmar con la carretera que viene del coll d'Ares llego a Camprodón, llevo un frío en el cuerpo para echarse literalmente a temblar. Sigo cuesta abajo, aunque ya no tanto, decidido a alcanzar mi destino. Todo sigue oscuro, casi negro, y veo el primer rayo, y no de luz, por suerte un poco escorado respecto a mi marcha. Debe haber caído en la zona de la que vengo; ahora transito el valle paralelo en dirección a Ripoll que, según veo en un cartel indicador, se encuentra a ¡24 kilómetros todavía! Pensé que quedaría menos... Recorrer ese trecho, aunque el terreno sea favorable, me va a llevar poco menos de una hora aún si todo va bien. Aunque sea de bajada, a partir de aquí y conforme me vaya acercando, el descenso se hará cada vez menos pronunciado, llegando a ser un llano favorable, lo cual no me vendrá mal, pues me forzará a pedalear con más fuerza y, por tanto, a entrar en calor, puesto que llevo el cuerpecito ya de madera.

Afortunadamente, conforme avanzo valle abajo, el panorama cambia, se empiezan a ver tonos anaranjados debido al atardecer, señal de que el cielo se abre y la lluvia amaina hasta casi cesar; parece que estoy salvado y que lo chungo definitivamente ha pasado. Ciertamente, el cielo comienza a abrirse, la luz empieza a cubrir el paisaje y las cerradas nubes comienzan a desvanecerse, formando estructuras que parecen columnas de humo, como si salieran de chimeneas situadas en las verdes colinas pobladas de árboles. La estampa es preciosa. Incluso sale el arcoíris, un arcoíris inmenso, ¡alabado sea Dios! Menudo colofón para esta épica jornada. Pocas veces, o quizás nunca, me ha llovido tanto y durante tanto tiempo, fácil que me haya tirado cerca de dos horas y media largas cayendo y cayendo con leves momentos de menor inten-

sidad. Miro hacia atrás y veo que lo que dejo al fondo, la zona de la que vengo, está oscura oscura. Realmente, ha sido pardo el asunto. Doy gracias.

Llego a Ripoll poco antes de la puesta de sol, feliz por el desenlace, con el cuerpo bien entumecido por los avatares del día, pero con fuerza, eso sí. La merienda *in extremis*, justo antes de que empezara a diluviar, me ha salvado; si no, vaya usted a saber...

Una vez en el pueblo, tras haber encontrado el hostel donde alojarme, me apresuro a buscar un supermercado en el que hacer las compras necesarias para cenar y demás antes de que cierre. Vuelvo con todo lo necesario, ya de noche, por las calles de esta localidad gerundense, la cual tiene un bonito centro urbano y cuyo principal atractivo cultural e insignia de la localidad es su monasterio románico de Santa María, que, si bien ha sido objeto de diversas remodelaciones con el paso del tiempo, fue mandado edificar allá por el medievo, concretamente en el año 888, curioso número.

En el hostel me tratan de maravilla; la mujer que lo regenta es un encanto, superatenta, ¡hasta me deja utilizar la secadora para la ropa! Pensaba preguntarle al respecto, pues he llegado empapado, y el tener la ropa seca —aunque tenga de repuesto, obviamente— para mañana sería puntazo, pero la mujer se me ha adelantado y me ha leído el pensamiento. Luego me diría que me entiende muy bien, pues su marido también le da a la bici y sabe lo que son los días pasados por agua. A todo esto, me comenta que lo que ha llovido hoy hacía mucho tiempo que no lo veía. Buen día para visitar la Alta Garrotxa, pues..., eso sí, la experiencia de hoy ha constituido toda una vacuna para lo que resta de viaje, pues días con un tiempo y unas condiciones tan malas son difíciles de tener y, aunque los puedo tener incluso peores —espero que no—, máxime cuando vaya por sitios de bastante más altura, no será ya una novedad el padecimiento.



## DÍA 11: Vielha-Bagnères de Luchon

---

**A**manezco por segunda vez en Vielha, sede de lo que ha sido mi primera parada de reposo en el viaje que hoy continúo. Pese a la algarabía nocturna, he vuelto a dormir sin problemas; me levanto descansado.

Recojo mis enseres, empaqueto las alforjas y monto todo en la bicicleta para lo que será una jornada en la que ya me adentraré en Francia para no abandonar el país vecino hasta uno o dos días antes de acabar el viaje si, como espero, todo va bien. La etapa de hoy marca un umbral, una bisagra en mi periplo pirenaico, no solo por el hecho de pasar al extranjero, sino sobre todo porque a partir de hoy voy a empezar a transitar por lugares que llevan en mi mente desde hace mucho tiempo, sitios siempre presentes cuando se piensa en los puertos más apetecibles de esta cordillera, hitos de referencia de toda expedición ciclista por este lugar del orbe. Nombres de gran enjundia y carga afectiva para todo amante del bello deporte de las dos ruedas: Menté, Peyresourde, Aspin, Tourmalet, Aubisque... y muchos más. Por todo ello me encuentro expectante y lleno de entusiasmo por la fase del viaje que hoy comienza; hoy me adentro en *terra mítica*...

Comienzo el día, en el que por suerte luce el sol, si bien hay algo de aire, animado por la charanga de las fiestas de Vielha, que terminan hoy. De tanto escuchar ciertos temas populares interpretados por el pasacalle, se me han quedado grabados y me llevo algunos de ellos tintineándome continuamente la cabeza a modo de recurrentes y automáticos bucles. Vaya marcha que tienen por aquí, están a todas horas de fiesta; se lo pasan bien por estos lugares...

Me despido de la pareja de señores mayores que regentan el hostel. Son muy cálidos conmigo y me desean buen viaje. Se han

portado fenomenal, me rebajaron el precio de la habitación y me cocieron la calabaza las dos noches. Agradezco su amabilidad y marchó camino de la frontera.

La primera fase de la etapa discurre por el mismo lugar por el que circulé ayer, sin incluir el Portillón. Cómo cambia la cosa de ver el mismo entorno entre nubes y aguas a hacerlo con sol y tiempo despejado; hace que parezca otro... Tras pasar la frontera y hacer algunos kilómetros paralelos al río Garona, llego al pie del primer puerto del día: el col d'Artigascou. No sé si habrá más, dependerá de cómo transcurra todo. Barajo la posibilidad, si el tiempo —el atmosférico y el de reloj— lo permite, de bajar luego la cara este del col de Menté, para dar la vuelta, subirla y bajar a Saint Béat, donde posiblemente termine el día. A este primer puerto de Artigascou se llega por una carretera que sale a mano derecha de la general que viene por el valle del río Garona, para, una vez coronado, empalmar con la del col de Menté; de hecho, el enlace se produce en la cima de este último, tras pasar la estación de esquí de Le Mourtis. Es un puerto, este d'Artigascou, que no me sonaba; nunca había oído hablar de él y me sorprende el hecho de que el Tour nunca haya pasado por aquí, al menos que yo sepa, dado los números que presenta: 9,5 kilómetros con una pendiente media del 8 % y con numerosos tramos de constantes rampas del 9 y 10 %, con picos además de hasta el 12 %. Sobre el papel es una subida constante, el desnivel de las rampas no marca cambios acusados. Me llamó la atención cuando planificaba el viaje y, ante tal buena pinta, no podía dejar de visitarlo. Ahora me hallo al pie de sus faldas, listo y deseoso de conocer sus secretos...

A medida que he ido haciendo trecho valle abajo el clima se ha vuelto en cierta medida más benigno si cabe. En este momento y en este lugar el viento del inicio ha cesado prácticamente y la sensación térmica es de un agradable y moderado calor que facilitará seguramente, no tardando mucho, el empezar a sudar con fuerza.

El puerto arranca con unas importantes rampas que advierten al visitante de lo que va a ser la ascensión por una carreterita muy estrecha de asfalto irregular, una auténtica maravilla; desde el primer metro de la subida se percibe la hermosura de esta ascensión que promete, a la usanza de las grandes y míticas carreteras de montaña, un deleite para el escalador. Me pregunto de nuevo cómo es que el Tour no ha venido nunca por aquí, ¡esto tiene una pinta tremenda!

No llevo ni 10 minutos de subida y ya estoy sudando considerablemente; la primera parte del *col* tiene unas cuantas curvas de herradura y unas rampas que rápidamente sitúan la vista del valle que se deja atrás, y por el que circulaba hace un rato, sensiblemente abajo. Llego a la aldea de Melles, donde hay un descansillo. Irrumpo en la calma de este pueblecito situado al pie de unas montañas pobladas por frondosa vegetación arbórea, me cruzo con algunos de sus pocos habitantes, que me saludan y me espolean a la voz de «Bon courage!», dándome ánimo. Al salir de esta localidad veo un cartel indicador de la presencia de osos en la zona; realmente estos parajes dan la sensación de naturaleza salvaje, se percibe la sacralidad en su prístina belleza y en su arrebatador silencio. Al tiempo que pedaleo por este valle en dirección a lo alto de la montaña, me siento trasladado a un momento indeterminado del tiempo, más bien me siento transportado fuera del tiempo; es tal la sensación ante un entorno tan desbordante como este. Hay lugares muy especiales...

No sé si por la sensación de arrobamiento que este lugar me ha producido o debido a qué, pero el caso es que, fruto del rapto por tan encantador paraje, se me ha pasado el desvío para el puerto y he continuado por una carretera que sin darme cuenta me ha alejado de mi ruta hasta llegar a un punto en el que el asfalto se ha terminado, dejando paso a una pista sospechosamente empinada y de cemento rugoso. Al llegar a este punto, he consultado el mapa y, en efecto, me he equivocado; debería haber entrado hace ya rato,

si hubiera ido bien, en una zona de curvas de herradura, y llevo ya bastante tiempo por una carretera básicamente recta que va remontando suavemente la ladera. Hay una casa de campo justo aquí, aunque no sé si habrá alguien... Doy un par de gritos preguntando y sale un chico que me confirma que al puerto no se va por aquí, que tengo que volver a Melles. Un despiste... Ya decía yo que llevaba un buen rato, tras dejar dicho emplazamiento, con un ascenso muy liviano que no se correspondía con las pendientes que marca la altimetría del puerto, las cuales consulté antes de comenzar la etapa. Bueno, tampoco ha sido demasiado, 2 o 3 kilómetros, pero se me va cerca de media hora hasta que vuelvo a retomar el camino correcto.

De vuelta en la vía del *col*, que no está muy señalizada, salvo por un modesto cartelito de madera, me encuentro con unas rampas que sí son las prometidas y hacen que el motor vuelva a ponerse a pleno rendimiento. Atravieso la zona de curvas de herradura que marca el mapa y continúo subiendo; la ascensión es una gozada. No me debe de quedar mucho para el alto cuando me pasa un *quad* que aparca un poco más adelante y, cuando llego a su altura, le pregunto a su conductor, un campesino del lugar, cuánto me queda para la cumbre. ¡Me dice que 8 kilómetros! No puede ser, no me cuadra, en fin... La verdad es que tampoco le veo muy seguro. Veo que a partir de aquí la carretera cambia y el asfalto empeora sensiblemente, comenzando a descarnarse con muchos baches y piedras sueltas. Le pregunto al paisano si esos 8 kilómetros que me dice que restan hasta la cima son con la carretera en este estado y me parece entenderle que durante unos 2 kilómetros a partir de aquí sí, y que incluso empeora, para, pasado ese trecho, mejorar hasta llegar ya arriba del todo, si bien no al nivel de cómo ha venido siendo el estado del firme hasta aquí. También me dice que lo peor del puerto ya lo he pasado. Se refiere a la pendiente, claro. Le doy las gracias y sigo para adelante, pensando que no será demasiado malo el tramo en cuestión,

tratándose esta de una subida que está incluida en la *web* en la que consulto las altimetrías y los perfiles de las subidas, y que es exclusivamente de puertos por asfalto. Dicho sitio *web* da el aspecto de tener una contrastada información, su base de datos de puertos de los cinco continentes es amplia, y la considero fiable y completa..., aunque todo maestro echa un borrón. En efecto, no tardo mucho en comprobar cómo la carretera muere y pierde su nombre para dar lugar a un desecho de lo que en su día —quién sabe cuándo— fue, una pista sembrada de boquetes ante los que un llantazo que reviente el neumático, y quién sabe si algo más, constituye una probabilidad bastante alta, aderezada con no pequeños tropezones en forma de cantos y piedras de todos los tipos: rodadas y romas, y otras de amenazadoras y agudas aristas. Toda una prueba de equilibrio en lo físico y un desafío para la templanza de ánimo en lo psíquico, habida cuenta del bicho que conduzco, cargado con kilos y kilos de peso. A todo esto y a la precariedad en cuanto a la maniobrabilidad de mi medio de locomoción, se le une el hecho, ya mencionado, de mis neumáticos lisos, preparados únicamente para el asfalto y que hacen naturalmente aguas ante semejante irregularidad en el terreno. Todo ello sin olvidar que sigo subiendo, con lo que tengo que conjugar tracción motora y sorteo de obstáculos a la vez. La bicicleta hace vaivén en numerosas ocasiones, voy tambaleándome de un lado a otro de la pista, por supuesto a una velocidad de caracol que no supera los dos dígitos en kilómetros por hora, lo que me hace empezar a especular sobre el tiempo que tardaré en llegar arriba...

Me planteo la posibilidad de dar la vuelta y bajar lo subido hasta dar con la carretera general desde la que arranca el puerto y, desde ahí, llegar a Saint Béat ya para dormir, pero, con la hora que es y avanzada la tarde, pienso que podría ser mucho lío y que acabaría yendo contra el reloj. Además, en dirección hacia la parte de la que vengo las nubes van ganando terreno al valle, nubes grises con agua, como siempre, con lo que sería ir a la búsqueda

de una eventual tormenta. Estoy metido en harina, me queda poco menos de la mitad del ascenso y dar marcha atrás me daría rabia. Espero que este tramo malo dure poco; decido continuar. Poco más adelante pienso que en qué hora tomé tal decisión... La dificultad aumenta por momentos, al tiempo que atravieso zonas de pendientes considerablemente inclinadas. Llego un punto en el que, incapaz de mantener el equilibrio y avanzar al mismo tiempo, tengo que echar el pie a tierra. Siento una gran angustia; el caminito es realmente no apto para mi vehículo. Volver ya es imposible, tendría que bajar este trecho caminando y eso sería casi más penoso, amén de llevarme demasiado tiempo. Y en el sentido en el que voy, la pista no parece mejorar; llevo ya un buen rato así, ¿estos son los 2 kilómetros malos que me dijo el buen hombre? Si es así, deben ser kilómetros de chicle en su versión extendida, por supuesto. Estoy metido en un jardín y, vistas las circunstancias, ya solo puedo tirar para adelante. Intento reincorporarme a la marcha y seguir pedaleando, pero el pequeño lapso que se precisa para enganchar el calapié de la zapatilla al pedal automático no es suficiente ante lo empinado de la pendiente: no puedo arrancar. Lo intento, pero casi me voy al suelo. Tampoco puedo ir cuesta abajo unos metros para aprovechar la inercia y dar la media vuelta para coger impulso y seguir subiendo; al nefasto estado del piso se le une la estrechez de la vía. Tengo que subir caminando hasta que amaine la pendiente. El problema es que caminar así con las zapatillas de carretera y las calas resulta hartamente complicado, además tengo que acarrear todo el peso de la bici... Incluso llego casi a caerme de nuevo, arrastrado por el peso de la burra en un pequeño desequilibrio.

Este es uno de esos momentos que hay que vivirlos para comprenderlos; ni siquiera una peliaguda narración puede transmitir el dramatismo de la situación. Realmente lo paso mal. Otras variables que influyen en mi estado de ansiedad son estas: que la tarde va avanzando con su doble implicación de luz decreciente

—en un entorno boscoso además— y la probabilidad creciente de tormenta —pues se oye algún trueno a lo lejos y empieza a nublarse—; que luego me queda la bajada y no sé si será también así —lo que me obligaría a hacerla caminando—; que no pasa un coche ni se ve un alma, por supuesto, pues este tramo solo es apto para vehículos 4x4; que estoy ya en Francia, con lo que eso supone en cuanto a la dificultad por el idioma ante una posible llamada telefónica en petición de auxilio; que no hay cobertura telefónica; que además, aunque esto sea una probabilidad bastante remota, esta es una zona de población de osos, aunque sea escasa. ¿Y si encima me sale un oso? Cuando uno está nervioso, hasta las posibilidades más recónditas irrumpen en la mente y sobrecogen el corazón...

Hecho un manojo de nervios, alcanzo un lugar en el que por fin puedo arrancar y retomar el pedaleo; poco después la carretera mejora, menos mal... La mejoría no es para tirar cohetes, pero me permite ir con cierto desahogo y a una mayor velocidad. Atravesando el corazón de una tupida arboleda, sigo con esta emboscada, nunca mejor dicho.

Ahora entiendo por qué el Tour de Francia no viene por aquí... También me cuadra ahora el apenas perceptible cartelito de madera que indicaba la ruta hacia el puerto desde el pueblecito de Melles donde me he despistado, cuando debería ser, si se trata-se esta de una carretera convencional y abierta al tráfico, un cartel de carreteras normal y corriente, metálico y claramente visible.

Pasado lo que estimo lo peor, según me comentó el lugareño, avanzo hacia la cima esperanzado a la vez que angustiado respecto a que la cosa mejore tras coronar. Llego por fin a la cima sin que la carretera empeore al menos. Una vez arriba, me abrigo un poco y comienzo a bajar. La pista vuelve a empeorar, esto no me gusta; cuesta abajo el peligro de caída se multiplica. Voy con mucho cuidado y muy despacio para minimizar riesgos. Pienso que en menuda me he metido... Hasta llegar a la estación de

esquí de Le Mourtis, junto al col de Menté, debe haber unos 6 o 7 kilómetros, un trecho que se puede hacer muy largo de continuar la carretera en este estado. Lo peor de todo llega cuando, al poco de empezar a bajar, llego a una bifurcación sin ningún tipo de indicación; esta sí que es buena. Hay un coche aparcado, pero no hay nadie. Grito por si sus ocupantes estuviesen cerca: «Bon soir!! Bon soir!!». Pero nadie responde... En pleno bosque y solo, con la tarde echándose y con nubes oscuras ya no muy lejanas, soy presa de la congoja. Según mi intuición y a tenor de lo que puedo consultar en el mapa, que desde luego no hace justicia a la realidad, pues marca esta ruta como una carretera convencional, creo que la pista que se abre a mano izquierda es la que debo coger para llegar a Le Mourtis; apenas tengo dudas, pero nunca se sabe. Tiro por él y dejo atrás la encrucijada. Al poco de proseguir por esta senda veo que el camino, lejos de bajar como sería de esperar, pues la estación de Le Mourtis y el col de Menté están a pocos metros menos de altura que este col d'Artigascou, resulta que empieza a subir... Las dudas sobre si esta será realmente la buena opción me rondan la cabeza, aunque confío; hay que jugársela, desde luego que volver para atrás hasta la cima y bajar el puerto en caso de no dar con la ruta correcta, ya ni por asomo, se me haría de noche casi seguro.

Tengo que tirar para adelante sí o sí. Intento mantener la calma, lo cual resulta difícil; el camino sigue estando lleno de piedras gordas sueltas, baches, rodadas y hasta bancos de arena en los que, si la rueda se mete, es muy fácil perder el equilibrio e irse al suelo. Sigo bastante agobiado, con el corazón en un puño pese a que creo que este es el camino bueno. De ser así, no debe de quedar mucho ya para llegar la carretera del col de Menté. Tras un par de kilómetros llego a un punto en el que la carretera comienza a bajar y al poco diviso a lo lejos, ¡oh, santo cielo!, ¡dos coches que vienen en sentido contrario subiendo! Les hago señales para que por favor paren. Cuando llegan a mi altura lo hacen, lo cual les



agradezco con una gestualidad que traspasa los idiomas y no deja lugar a dudas. Son franceses. Les pregunto si a la estación de Le Mourtis se va por aquí y si en ese caso falta poco. Me dicen que sí, que la carretera buena está ya a 1 o 2 kilómetros. Aliviado, miro al cielo y emito una exhalación por la que se disipa la tensión contenida; estoy a salvo, por fin... Los ocupantes de los coches no son de por aquí, están de vacaciones por el lugar y me preguntan acerca del estado de la carretera por la parte de la que vengo, por si pueden ir con sus turismos. Les digo que está mal, no les recomiendo seguir, les indico que se trata de una vía en muchos tramos solo apta para vehículos 4x4, que no se compliquen... Les pido agua, ya que voy seco y se me terminó hace rato, no tienen, pero me dicen que hay un bar en la cima de Menté. Me despido y en nada de tiempo, pues la pista ya ha mejorado considerablemente, llego a la estación de Le Mourtis, donde el asfalto se vuelve eso, asfalto. Feliz y como si una losa hubiera caído de mis espaldas, me paro unos instantes para respirar, poder sentir y tomar consciencia plenamente, aún con el susto en las entrañas, de que el mal trago ha pasado. Menudo trance, nunca olvidaré el col d'Artigascou.

Ya más tranquilo, retomo la marcha y dejo atrás la estación, vacía en estas fechas, poco después de lo cual me cruzo con una autocaravana, a cuyo conductor de nuevo hago gestos para que pare. Pido de nuevo agua a sus ocupantes, un matrimonio francés de mediana-avanzada edad, quienes gentilmente me la dan, amén de ofrecerme galletas. Les digo que no, que muchas gracias, que con agua es suficiente, que llevo comida. Me despido de ellos y llego en un periquete a la cima del col de Menté, por donde pasa la ruta que lleva a Saint Béat, donde me dirijo para dormir. Me paro un rato en la cumbre para abrigarme a consciencia, de cara a la bajada. Hay aquí, junto al bar restaurante del que me hablaron los viajeros de los coches con los que me crucé poco antes, un grupo de *bikers* españoles, catalanes para más señas, que acaban

de finalizar la ruta del día en una travesía por etapas que están haciendo por esta zona de los Pirineos. Van muy preparados, llevan coche de apoyo y están limpiando sus bicis al final de la jornada, dejándolas a punto para el día de mañana. Van a cenar y hacer noche en este puesto de la cima del *col*, que al parecer también ofrece algo de alojamiento.

Les cuento algo de mi reciente odisea, más que nada para desahogarme, y, tras ponerme varias capas de cebolla encima, me despido y me voy para abajo. Ya no me da tiempo a bajar el puerto por su cara este para dar la vuelta y subir de nuevo hasta aquí; me apetecía hacerlo, es un puerto con mucha historia y unos porcentajes contundentes. Otra vez será si tiene que ser.

Bella bajada la del Menté, bellos paisajes con tupidos bosques y un cielo ya más despejado, con los rayos de sol ya presentes en la caída de la tarde. Unos 10 kilómetros de bajada en los que me recreo hasta llegar a Saint Béat, un pueblecito que encuentro bastante desangelado, con todo cerrado a estas horas y poca gente en sus calles; esperaba encontrar más ambiente, no me apetece quedarme aquí. Además, parece ser que no hay sitios para pernoctar, al margen de un *camping* en el que no quiero dejarme caer, pues no tengo ganas de montar la tienda; busco una cama.

Por lo tanto, aún con algo de tiempo antes de que anochezca para poder estirar el pedaleo, aunque no demasiado, continúo por parte del trayecto que pensaba realizar ya mañana, con el objetivo ahora de llegar para dormir en la localidad de Mauléon-Barousse, que no está muy lejos de aquí, y desde la cual arranca el port de Balès, una dura y larga ascensión a la que le tengo ganas y que puede ser una de las más duras de todo el viaje. Sin embargo, a poco de proseguir, cuando llego a la población de Cierp, donde tengo que coger el desvío en dirección a mi nuevo destino, un par de lugareños a los que pregunto me dicen que en Mauléon creen que no hay alojamiento. Vaya, parece ser que no va a poder ser, a menos que me arriesgue a llegar hasta allí y ver si encuentro

algún sitio. Sería mucho riesgo a estas horas ya, no tiene pinta de ser un pueblo muy grande, con lo cual la mejor opción, como me corroboran mis dos interlocutores, es tirar para Bagnères de Luchon, una localidad ya importante de esta zona de los Pirineos, donde hay bastante oferta hotelera. El problema es que hasta allí me quedan aún unos 20 kilómetros y la probabilidad de que se me haga de noche es alta. En cualquier caso, sería poco antes de llegar, si como preveo, puedo darle caña hasta allí, pues afortunadamente me queda todavía un poco de fuelle a pesar de lo aventurado del día. Acabo de entrar en calor en los pocos kilómetros que he recorrido hasta aquí y el entumecimiento por la bajada ya ha remitido, por lo que, aprovechando que tengo el motor listo de nuevo, me dispongo a hacer una postrera contrarreloj para llegar a Luchon. Si aprieto, es asequible llegar aún con luz, por suerte el terreno es llano, de lo que prudentemente me informo antes de encarar este último sector de la etapa.

A medida, pues, que realizo los kilómetros restantes, comienzo de nuevo a sudar con profusión, le doy «zapatilla» al asunto y alcanzo esta conocida localidad pirenaica hacia las ocho y media de la tarde, a punto de anochecer, eso sí, con todo cerrado.

Hago el intento por encontrar algún establecimiento abierto donde comprar víveres, pero resulta en balde. Además, me entero, según me comenta una pareja española a la que pregunto por la calle, de que aquí en Francia, o al menos en esta zona, los lunes son algo así como los domingos en España; si bien son días laborables, el personal está con otro chip, lo que quizás explique el aspecto casi fantasmal en el que encuentro la población, sin apenas gente en sus calles, salvo en la avenida principal, y tampoco demasiada...

Me cuesta encontrar alojamiento; doy varias vueltas probando sitios, ya que, o bien está todo ocupado, o bien el precio de la habitación es demasiado alto para mi bolsillo. Finalmente, tras mucho preguntar, encuentro un hotel en el que me hacen un

buen precio. Hecho el primer trámite en orden de prioridad, ahora toca buscar la cena. En el hotel no me pueden dar demasiado, el servicio de cocina ya ha plegado y lo que me pueden ofrecer es algo de pan, queso y fruta, que guardaré para el desayuno de mañana. Los restaurantes y demás en los que pregunto tienen las cocinas igualmente cerradas. Yo que me había hecho ilusiones con apretarme una buena *pizza* o similar ante la imposibilidad de cenar como habitualmente hago... Aquí en *la France* todo cierra muy temprano, voy a tener que cambiar el chip respecto a los horarios en España y adaptarme al nuevo contexto.

Tras dar de nuevo alguna que otra vuelta por las calles, ya anochecido y aún sin haberme siquiera duchado, vestido aún de romano y montado en la bici para no alargar la búsqueda, encuentro un modesto local de comida rápida donde improviso un par de kebabs bien condimentados, con sus dos buenas raciones de patatas fritas y extra de kétchup. A pesar de mi celo por ceñirme a mi dieta habitual, la actitud respecto a la novedad es siempre la misma: aprovecho para disfrutar el sabor y la textura de las viandas que me salen al encuentro, incluso tratándose de guarrerías como el kétchup. Bien es sabido que, cuando hay hambre y uno viene de darse un trote en el que se ha dejado casi todo el sustrato por el camino, prácticamente cualquier comestible es bien recibido.

Dejo hecho el encargo del pedido y vuelvo rápidamente al hotel para ducharme y ganar tiempo, ya que hoy todo apunta a que me acostaré a las mil, con lo cual hago todo contra reloj, limando todos los minutos que puedo. Mañana por la mañana hay una hora límite para dejar la habitación, y no me va a dar para relajarme mucho. La opción de quedarme un día más en Luchon, lo que me permitiría descansar más y dormir a pierna suelta, pudiendo hacer como tenía pensado en un principio la recién descartada ruta del port de Balès, la descarto, valga la redundancia, ya que, aunque he negociado un buen precio sobre el montante

que me pedían por pasar la noche en el hotel, el hacerlo dos veces supondría un vaivén para mi presupuesto que no me conviene todavía con tantos días por delante.

Tras la ducha vuelvo al puesto de comida rápida a por mi deseada y novedosa cena. El chico magrebí que me atiende resulta muy majo; habla un poco de castellano y charlo con él mientras me la acaba de preparar. Una vez que me da las bolsas calentitas por el efecto de los kebabs y demás recién hechos, me vuelvo para el hotel pedaleando en la noche de Luchon. Hay aquí al lado un par de *pubs* con sus respectivas terrazas donde la juventud del pueblo alterna y se divierte. Hay sobre todo un grupo muy grande de chicos y chicas francesas que toman copas y fuman cigarrillos. Aunque aquí en Francia son más recogidos, siempre hay gente a quien le gusta la vida nocturna...

Llegado al hotel, hablo un poco en el patio del mismo con uno de los cocineros que está ya a punto de acabar su turno, un chico más joven que yo, bastante simpático y con el que entablo una fugaz charla en mi precario francés mientras se fuma un cigarro. Me pregunta acerca de mi viaje, y yo acerca de su vida aquí en Luchon. Nos despedimos, y cada mochuelo a su olivo.

Ya en mi aposento, a altas horas, cercana la medianoche, me dispongo a estirar rápidamente y a cenar pausadamente como colofón a un día tan intenso. Hoy no ha habido un minuto para el relax, es ahora el tiempo para recrearse, no demasiado, y hacer recapitulación de los momentos vividos mientras disfruto de la tierna textura de mis emparedados con sabor turco y mis patatas fritas bañadas en salsa de tomate. Aún quedaba espacio para excepcionales acontecimientos en esta excepcional jornada: la chiclosa masa resultante de mi bocado nocturno arrancaría un reciente empaste de una de mis muelas, una anécdota más que coloreará mi recuerdo de Bagnères de Luchon.